

caritas christi

La Fragua

en la vida cotidiana

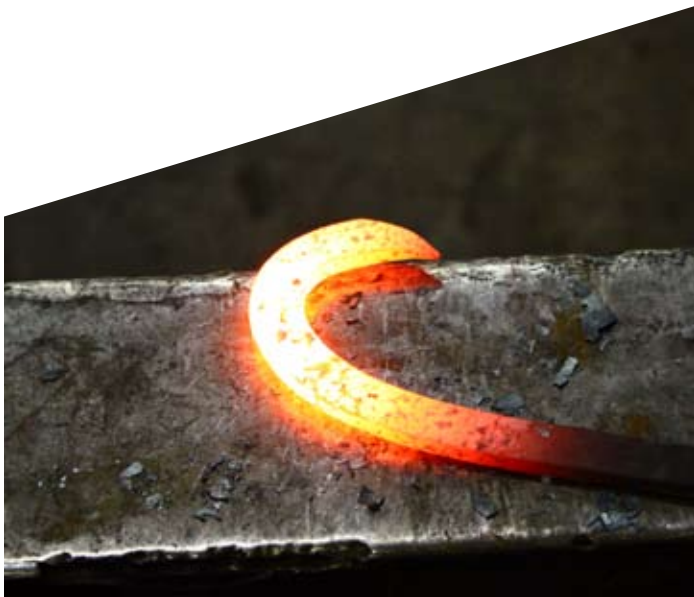
2

Consagrados a Dios y a los demás

Tiempo Ordinario I

CARITAS CHRISTI

2013



Esta etapa de la fragua, centrada en la actividad que el herrero realiza sobre el yunque, simboliza el **proceso de configuración con Cristo**.

OBJETIVOS

- Pasar de actitudes individualistas y egocéntricas a actitudes oblativas.
- Profundizar en el conocimiento de la persona de Jesús.
- Crecer en la experiencia de seguimiento de Jesucristo mediante los votos y las virtudes apostólicas, al estilo de san Antonio María Claret.
- Redescubrir la Eucaristía, como “lugar de encuentro” con Cristo.
- Mejorar la capacidad para la vida comunitaria y el diálogo.

CUADERNOS

1. Al encuentro de Jesús
(Adviento-Navidad)
2. **Consagrados a Dios y a los demás**
(*Tiempo Ordinario I*)
3. Pobres de hecho y de espíritu
(*Cuaresma*)
4. Buscadores de la voluntad del Padre
(*Pascua*)
5. Castos por el Reino de los cielos
(*Tiempo Ordinario II*)
6. Hasta que Cristo viva en nosotros
(*Tiempo Ordinario III*)
7. Unidos para que el mundo crea
(*Tiempo Ordinario IV*)
8. Transformados por la Eucaristía
(*Tiempo Ordinario V*)
9. Urgidos por el amor de Cristo
(*Tiempo Ordinario VI*)

contenidos



Introducción > 4



Sugerencias para el encuentro comunitario > 18



Pistas para la *lectio divina* > 19



Reflexión > 6

- 2.1. Las donaciones de Dios Padre
- 2.2. Las donaciones de Jesús
- 2.3. Lista de regalos para la vida y misión de los discípulos
- 2.4. Oblatividad
- 2.5. Desprendimiento
- 2.6. El dolor y la alegría del desprendimiento
- 2.7. Dedicación
- 2.8. Cada uno según su medida
- 2.9. Dando es como recibimos
- 2.10. La nota misionera del don



Textos para profundizar > 25

- Anexo 1: Jn 1,14
Anexo 2: La epidemia y el antídoto
Anexo 3: Sobre el poseer, el dar y el recibir
Anexo 4: Sobre el dar
Anexo 5: El Rey de reyes y el mendigo

1. Introducción

Una palabra que sin duda pronuncias a menudo es “gracias”, “muchas gracias”. En el tiempo de Navidad y al comienzo del nuevo año has tenido la oportunidad de repetirla: has recibido felicitaciones y regalos de tu comunidad y quizá de otras personas; y tal día o tal otro ha podido sentirse esponjada tu alma por favores que te han sacado de apuros. También a Dios le has dado las gracias: primero, en la liturgia, con el canto del Gloria, el rezo de algunos salmos de agradecimiento y, sobre todo, la celebración de la eucaristía, la gran acción de gracias eclesial; segundo, en tu oración personal, porque “es bueno dar gracias al Señor”, que te acompaña cada jornada.

El día de Reyes se narraba la adoración de los magos. Ellos, como los pastores, vivieron un encuentro con Jesús. San Mateo mencionaba los dones que le ofrecieron, y en sencillos villancicos evocamos los presentes que le llevan los pastores o los que nosotros mismos queremos entregarle. Es un modo de darle la bienvenida y, más al fondo,



de darle gracias por el don inefable que es su presencia entre nosotros.

Como cristiano, has recibido la gracia de la filiación. El Señor te ha incluido en el catálogo de los hijos: Dios es su Padre y tu Padre, como has recordado y revivido en la etapa *Patris Mei*. Como Hijo del Corazón de María, se te ha concedido el don de seguir a Cristo según el carisma claretiano (cf. CC 4). Al igual que los primeros discípulos, has recibido la gracia de la comunión con él y la de participar en su misión. En estos dones esenciales se ha expresado para ti su amor, la *Caritas Christi*. Tú has acogido esta gracia, has respondido con un sí a su llamada. Te has consagrado y entregado a él, compartiendo su suerte en momentos de alegría y de dolor.

En este cuaderno podrás hacer memoria del amor de Jesús a los primeros llamados y de los dones que les hizo. Algunos se nos ofrecen a todos; otros, de orden ministerial o carismático, están repartidos entre los distintos miembros de la

Iglesia, como enseñaba san Pablo. Por tu parte, al dar el sí a la llamada de Cristo, te entregaste a Dios por medio de él. El sí entraña también renunciaciones, pero desde la conciencia de que “la finalidad del seguimiento no es la renuncia, sino Jesús mismo” (M. Fraijó).

La **Liturgia de la Palabra de este tiempo ordinario** que comenzamos muestra, en las lecturas evangélicas, cómo se prodigó él, Luz que brilla en las tinieblas. Muestra también los pasos de sus seguidores, que lo dejaron todo por él, y de los que él dijo que eran sus hermanos, sus hermanas y su madre (cf. *Mc* 3,35); pero el evangelista no oculta que aquellos pasos eran torpes: somos eternos aprendices en la escuela del seguimiento. Si cada día recibes un destello de la luz, da las gracias y camina tras ella.

2. Reflexión

«En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo para que expiase nuestros pecados» (1 Jn 4,10). En sintonía con revelación tan esencial podemos decir: «En esto consiste el don: no en que nosotros hayamos dado a Dios, sino en que él nos dio a nosotros y en su Hijo nos colmó de dones»; en efecto, «¿quién le ha dado primero para que él le devuelva?» (Rom 11,35). Hay un orden: en el amor, en las dádivas, en todo. Dios primero.

El texto que te dispones a leer trata **sobre tu consagración**, léida desde la clave del don o entrega personal a Dios. Pero los pasajes citados aconsejan guardar el debido orden y considerar primero las donaciones que Dios te ha hecho. Ellas fundan, suscitan y alimentan en todo momento tu propia entrega.



La nueva y especial consagración

“En la tradición de la Iglesia la profesión religiosa es considerada como una singular y fecunda profundización de la consagración bautismal en cuanto que, por su medio, la íntima unión con Cristo, ya inaugurada con el Bautismo, se desarrolla en el don de una configuración más plenamente expresada y realizada mediante la profesión de los consejos evangélicos.

Esta posterior consagración tiene, sin embargo, una peculiaridad propia respecto a la primera, de la que no es una consecuencia necesaria. En realidad, todo renacido en Cristo está llamado a vivir, con la fuerza proveniente del don del Espíritu, la castidad correspondiente a su propio estado de vida, la obediencia a Dios y a la Iglesia, y un desapego razonable de los bienes materiales, porque todos son llamados a la santidad, que consiste en la perfección de la caridad. Pero el Bautismo no implica por sí mismo la llamada al celibato o a la virginidad, la renuncia a la posesión de bienes y la obediencia a un superior, en la forma propia de los consejos evangélicos. Por tanto, su profesión supone un don particular de Dios no concedido a todos, como Jesús mismo señala en el caso del celibato voluntario (cf. Mt 19, 10-12).

A esta llamada corresponde, por otra parte, un don específico del Espíritu Santo, de modo que la persona consagrada pueda responder a su vocación y a su misión” (*Vita Consecrata*, 30).

2.1. Las donaciones de Dios Padre

En la etapa *Patris Mei* has contemplado el amor de Dios por nosotros, traducido en una serie de entregas. Hay entregas que el Padre hace al Hijo; aquí las pasamos por alto y nos detenemos brevemente

en su donación del Hijo a los hombres. El apóstol Pablo la destaca con fórmula turbadora: «Dios no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros» (Rom 8, 32); pági-

nas antes había escrito: «Dios demuestra su amor para con nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom 5, 8). El apóstol no se deja llevar de un arranque de lirismo hueco y grandilocuente; habla del precio de la gracia, de lo que le costó a Dios nuestro rescate. Quizá digas que es una forma de hablar, y lo será; pero al punto te corregirás reconociendo que no es mera forma de hablar: el rescate no le resultó gratis a Dios; **no dio unas migajas, unos restos; dio lo más preciado para Él: su Hijo único, el Hijo en quien tenía todas sus complacencias.** En el drama de Jesús lee Pablo el misterio de Dios y de su loco amor (*P. Evdokimov*). Y la liturgia lo anuncia con desnuda belleza en el solemne pregón de la vigilia pascual: «¡Qué incomparable ternura y caridad! Para rescatar al esclavo entregaste al Hijo». Así nos tasaba.

Si de la muerte de Jesús nos remontamos a su nacimiento, basta sencillamente que dejemos resonar los ecos de la reciente liturgia de Navidad: «Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (cf. *Is 9, 5*); por añadidura, la maternidad virginal de María con que se cerraba la octava de Navidad revela hasta qué punto este niño es don del Dios en quien el poder no le va a la zaga al amor.

Y si, por último, entre el nacimiento de Jesús y su muerte, lees el programa de su ministerio, ¿qué hallas? El propio Jesús lo cifra en una lista de dones preciosos, ávidamente anhelados, que se concluyen con el anuncio de un año de gracia del Señor (cf. *Lc 4, 19*). Es un año en que el acreedor rompe los pagarés, un año en que Dios va a condonar las deudas de su pueblo; condonar, perdonar al deudor insolvente: ese es el don perfecto.

2.2. Las donaciones de Jesús

Los dones de Dios se transparentan en los que Jesús prodiga a partir de su anuncio programático. Proclama el advenimiento del Señorío de Dios, comienzo de los bienes definitivos; esparce su enseñanza a boca llena y a los cuatro vientos; en los milagros muestra la esplendidez de su amor y servicio: para realizarlos reclama fe, confianza, pero no cobra honorarios; alimenta a la multitud en un festín que simboliza la llegada de las promesas mesiánicas. En todos esos gestos brilla la entrega gratuita de una verdadera sobreabundancia de salvación. Desde este estilo suyo instará a los oyentes a la práctica del don («dad y se os dará»: *Lc 6, 38*), del perdón («perdonad y se os perdonará»: *Lc 6, 37*) y de la invitación al banquete a quienes no pueden corresponder (*Lc 14, 13*). Y ordena a los discípulos enviados en misión que den gratis lo que han



recibido gratis (*Mt 10, 8*). En la Última Cena entrega el pan y la copa a los discípulos, acción profética que anuncia la entrega de su cuerpo y el derramamiento de su sangre. La conmemoras día tras día en la celebración del memorial de su Pascua. Y la recuerdas con el *Pange lingua*:

*Que la lengua humana
cante este misterio:
la preciosa sangre
y el precioso cuerpo.
Quien nació de Virgen
Rey del universo,
por salvar al mundo,
dio su sangre en precio.
Se entregó a nosotros,
se nos dio naciendo
de una casta virgen;
y, acabado el tiempo,
tras haber sembrado
la palabra al pueblo,
coronó su obra
con prodigio excelso.
Fue en la última cena
—ágape fraterno—
tras comer la Pascua
según mandamiento,
con sus propias manos
repartió su cuerpo,
lo entregó a los Doce,
para su alimento.*

Todos los signos realizados en el ministerio parecen enderezarse hacia este signo mayor de la Cena, que desemboca en la realidad misma de la pasión y muerte. Estas vienen provocadas por el rechazo del don que Jesús ofrece y de las llamadas que dirige. **Pero será en la cruz donde revalidará para siempre su verdad y la verdad de su amor.** Su verdad: solo el que se posee por entero puede darse por entero; su amor: «Nadie ama tanto como el que da la vida por los amigos» (Jn 15, 13). Pablo personaliza al beneficiario y te invita a personalizarlo: «Me amó a mí y se entregó por mí» (Gal 2,20). (Véase Anexo 2: *La epidemia y el antídoto*).

La historia de donaciones de Jesús no concluye aquí, con un punto final o unos enigmáticos puntos suspensivos. Tras el Viernes Santo vino el Día del Señor y se inauguraron las apariciones del Resucitado. Y lo que sucede en tales encuentros es en esencia «la autodonación del Señor a sus discípulos, en la que él se les entrega, derramando sobre ellos su propia vida nueva, su perdón y su paz, su espíritu de comunión y originando así una comunidad y una fraternidad renovadas» (*M. Gesteira*). Un teólogo resumía la Pascua con esta expresión: «La causa de Jesús sigue adelante». Sabe a poco; nosotros la reformulamos: «La autodonación de Jesús sigue adelante». Y, más allá de las apariciones pascuales, de duración limitada, celebramos la continua autodonación del Señor en la Palabra viva, en los sacramentos de su amor, en la comunión fraterna, en la misión, en los trabajos de la justicia y el amor.

Dar, darse, entregar, entregarse, sembrar, repartir, derramar: son verbos que expresan aquella

“Las personas consagradas, que abrazan los consejos evangélicos, reciben una nueva y especial consagración que, sin ser sacramental, las compromete a abrazar –en el celibato, la pobreza y la obediencia– la forma de vida practicada personalmente por Jesús y propuesta por Él a los discípulos”
(*Vita Consecrata*, 31).

historia de donación. En cada uno se trasparenta la donación de Dios: ahí, en el niño nacido y el hijo dado; ahí, en el ungido por el Espíritu para anunciar la buena nueva del Reino y hacerlo presente con su manifestación, enseñanzas y acciones; ahí, en la Última Cena con los hermanos; ahí, en la muerte y entrega en la cruz; ahí, en los encuentros pascales, pronunció Dios su última palabra. No tiene otra palabra que decirte, otra palabra que darte. En el Hijo, el primogénito de entre los muertos, el primero en todo, Dios te lo ha dicho y dado todo.

La meditación cristiana no tiene otro objeto que repasar esta historia con los ojos de la fe, dejando que el corazón de Dios hable a nuestro corazón. Es un repaso en que el Espíritu de Dios te vuelve consciente de este amor de donación; del conocimiento surge el reconocimiento, y de este, la respuesta.

Ejercicio 1: La gratitud

En algunas sociedades, la gente es experta en reclamar derechos, y está bien. Pero no sería acertado olvidar los dones que recibimos ni olvidar la palabra “gracias”. Jesús da repetidas veces gracias al Padre (cf. Mc 8,6; 14,23; Jn 11,41; etc.). Pablo también practica asiduamente la acción de gracias a Dios. Y en solo tres versículos de la carta a los Colosenses (Col 3,15-17) se insta tres veces a la gratitud: “sed agradecidos”, “cantad a Dios con un corazón agradecido”, “dando gracias al Padre” por medio de Cristo.

- **Recuerda a personas que merecen tu gratitud y haz memoria por escrito de algunos dones** que has recibido de ellas.
- Aprovecha alguna oportunidad en este tiempo para **darles las gracias**.
- ¿En qué momentos te sientes movido a dar gracias a Dios? Sin duda, puedes vivir en ocasiones el ministerio como una tarea ingrata (al estilo de Jeremías) o sentirlo como una carga (como Pablo). **¿Cómo te reafirmas en tu vocación-misión?**

2.3. Lista de regalos para la vida y misión de los discípulos

Las manos de Jesús han repartido dones: las impone para curar, en ellas toma y multiplica los panes para alimentar a la multitud, en la cena de despedida reparte con ellas el pan y entrega la copa, en la cruz las extiende, en las apariciones toma de nuevo con ellas el pan, lo parte y lo ofrece (cf. *Lc 24,31*) o sencillamente las muestra (cf. *Lc 24,40; Jn 19,20a*). Pero en esta enumeración no está dicha ni recordada la plétora de dones de Jesús; se ha quedado en el teclado otra lista: la que detalla los que, durante su ministerio o en su Pascua, entregó a los discípulos.

Marcos lo destaca ya cuando señala los objetivos de Jesús al crear el grupo de los Doce: «Instituyó a Doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, dándoles poder para expulsar los demonios» (*Mc 3,14*). **El primer don es el de la llamada a convivir con Jesús.** El evangelista subraya luego el de arrojar fuerzas demoníacas que afectan a dimensiones hondas de la personalidad; pero, si ampliamos la mirada a los evangelios y cartas, divisamos toda una comitiva o lista de regalos y capacidades que el Señor concede a los suyos y que nos alcanzan a nosotros. La organizaremos en cuatro grupos.

1. *Dones en la línea de la comunión.* Un don raíz es el de entrar en el círculo familiar más íntimo y “exclusivo” del propio Jesús: el de su relación filial con el Padre. Se te concede la gracia de tener el mismo Dios y Padre que él (cf. *Jn 20, 17; Jn 1, 12-13; 1 Jn 3, 1; Rom 8, 29; Heb 2, 11*); y si tienes el

mismo Dios y Padre, estás legitimado para llamar a Dios “Abbá (Padre)”, como él lo llamaba (cf. *Rom 8, 15; Gal 4, 6; 1 Pe 1, 17*).

2. *Dones en la línea de la identificación.* Desde esa raíz de tu realidad filial se modela tu humanidad concreta en los distintos órdenes que la integran: el del pensar, el del sentir, el del obrar. En el orden del pensar se te ofrece este lote de posibilidades:

a) *La de tener una mente cristiana* (cf. *1 Cor 2, 16*), de suerte que la verdad de Cristo pueda estar regamente aposentada en ti (cf. *2 Cor 11, 10*). En la Última Cena dice Jesús a los suyos: «No os llamo siervos: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (*Jn 15, 15*); como si dijera: «Yo no tengo secretos para vosotros. Os he iniciado en lo más íntimo de mi vida. Os he comunicado la tradición familiar, esa fórmula secreta del vivir recibida de mi Padre. Sois mis confidentes, para que luego seáis mis mensajeros». A fuer de tal confidente, recibes el regalo de las mismas palabras que Jesús recibió del Padre: «Les he dado las palabras que me diste, y ellos las han acogido» (*Jn 17, 8; cf. 17, 14*); son parte del legado que deja en herencia a los discípulos en su “testamento”.

b) *En tus actitudes y relaciones interpersonales se te concede tener los sentimientos de Cristo Jesús*, que, siendo de condición divina, se despojó de su rango, tomó la condición de esclavo y pasó por uno de tantos (cf. *Flp 2, 5s.*). Estos sentimientos se



tradujeron para él en un desclasamiento, en una participación hondamente solidaria en la condición (“esclavo”) y en la suerte (“muerte”) de los otros, sin vindicar para sí ninguna excelencia ni primacía, salvo la del servicio: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por la multitud» (Mc 10, 45).

c) *Te hace compartir su alegría*: «Os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea plena» (Jn 15, 11; cf. Jn 17, 13); recibes su paz: «La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn 14, 28); a la vez se te ofrece tener parte en su padecer, lo que para Pablo era un honor y un bien codiciable (cf. Flp 3, 10).

Viéndola arraigada en este catálogo de dones, no considerarás la configuración con Cristo como algo sumamente vago e impreciso ni la tendrás por una pretensión blasfema. **Es un don-vocación que, a su modo, también se te hace a ti y que acogerás con veneración, agradecimiento y responsabilidad.** Más de una vez habremos querido hacerlo a imagen y semejanza nuestra y uncirlo al carro de nuestros deseos, como parece que denunciaba el escritor medieval: «El venerado Cristo gira como banderín al viento, se pliega como vulgar paño... Consiente que hagan con él cuanto quieran y a todo se doblega, según el corazón de cada uno... El es siempre lo que tú quieres que sea» (*Godofredo de Estrasburgo*). Pero este Cristo te concede asemejarte a él. Tal es el designio de Dios: «A los que eligió de antemano, los destinó a que reprodujeran los rasgos de su Hijo, de modo que este fuera el mayor de una multitud de hermanos» (Rom 8,29). Por su condescendencia, sabe adaptarse. Santa Teresa de Jesús lo formula lapidariamente: «Hácese a nuestra medida».

3. *Dones en la línea de la misión*. Si has acogido las palabras que Jesús recibió del Padre y que entregó a los suyos, tú también podrás, según tu medida, continuar su misión: pondrás nombre al presente, a semejanza de él y de los primeros discípulos; elaborarás los buenos sueños y fantasías que dibujan la identidad profunda del hombre, como hizo él en el discurso del monte (cf. Mt 5-7); arrojarás fantasmas y tensiones que dominan a personas y grupos humanos; ayudarás a afrontar el sufrimiento y la cruz de la vida con actitud fecunda; serás ministro de la reconciliación (cf. 2 Cor 5, 18-20); generarás Iglesia, en él y en pos de él, que suscitó un movimiento congregador y dio origen a la Iglesia en su ministerio, en la Última Cena y en la entrega pascual. Estarás habitado, en tu flaqueza, por la fuerza de Cristo (cf. 2 Cor 12, 9; Ef 6, 10); no



serás del mundo, como no lo era él (cf. Jn 17, 16), y obtendrás sobre el mundo la misma victoria que él obtuvo (cf. Jn 16, 33; 1 Jn 5, 4). Serás continuador, en comunidad, de sus obras (cf. Jn 14, 12).

4. *Don en la línea del cumplimiento y consumación final*. Jesús es el Hijo glorificado por el Padre. Y él te concede tener (aquí/allí) la gloria y la realeza que el Padre le ha dado: «Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste a mí, de tal manera que puedan ser uno, como lo somos nosotros [...] Padre, yo deseo que todos estos que tú me has dado puedan estar conmigo donde esté yo, para que contemplen la gloria que me has dado...» (Jn 17, 22.24). En otro escrito se declara: «A eso os llamó Dios por medio del evangelio que anunciamos: a que sea vuestra la gloria de nuestro Señor Jesucristo» (2 Tes 2, 14; cf. 2 Cor 3, 18).

Ejercicio 2: La configuración con Cristo

En próximos cuadernos se considerarán los votos como concreciones del seguimiento de Jesús. En este se te propone el siguiente ejercicio:

- Medita en aquellos rasgos de Jesús Hijo y de Jesús enviado del Padre que más te tocan. **Da gracias por la luz del Espíritu que te permite percibirlos.** Confronta tu vida diaria con estos rasgos y ora para que tu configuración con el Señor crezca.
- Como ejercicio alternativo, puedes **repasar las bienaventuranzas** (cf. Mt 5,3-12). Vienen a ser el autorretrato de Jesús. Toma tu cuaderno Fragua y anota en qué medida van siendo rasgos de tu identidad de discípulo.

2.4. Oblatividad: «Me consagro en el Espíritu a Dios Padre por su Hijo Jesucristo»

Nobleza obliga: es un honor recibir tantos dones; y es un honor el don de poder corresponder a tantos dones y ser urgido a responder: «A quien mucho se le dio, mucho se le exigirá». Dios te ha hecho don de las cosas: «Todo es vuestro»; Dios te ha hecho don de ti a ti mismo: «Ha dejado al hombre en manos de su propia decisión» (Eclo 15,14); Dios te ha hecho don de sí mismo: eres «partícipe de la naturaleza divina», «hijo en el Hijo», colaborador en la misión del Hijo. Dios te ha llamado y te ha otorgado la dignidad de entrar en la cadena de donaciones. Desde la gratitud por tanto don podrás moverte a dar por tu parte: la gratitud es clave y palanca para vivir nuestras entregas.

Conocemos la historia del mendigo al que, de modo extraño, mendigó el mismo Rey de reyes: el chasqueado indigente sacó de la bolsa un grano de trigo y se lo entregó; al anoecer, cuando vació la bolsa, encontró un grano de oro (cf. Anexo 5). Pero conocemos también otra historia, la de la viuda pobre y su limosna para el Templo: «Estando Jesús sentado enfrente del cepillo del templo, observaba a la gente que iba echando dinero: muchos ricos echaban en cantidad; se acercó una viuda pobre y echó dos reales. Llamando Jesús a sus discípulos les dijo: “Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero esta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir”» (Mc 12,41-44).

Todo lo que tenía para vivir. En la teología de la vida religiosa te enseñaron quizá que la consagración a Dios por la profesión es un acto de religión y que consiste en un verdadero holocausto.

Lo peculiar de este género de sacrificio es que se quemaba la víctima por completo (de ahí la palabra “holocausto”); así, el religioso hace holocausto de su vida dándose a Dios por entero, sin reservarse nada. **Ahora se entiende la consagración como ejercicio de las virtudes teologales, que se plasman en la entrega total e inmediata a Dios.**

En la Escritura hallamos un principio que se ha designado principio del “todo” y que en el proyecto Fragua ha recibido alguna vez el nombre de norma de la totalidad. Este principio enseña que nos equivocamos al plantear nuestra vida teologal en términos de mucho o poco; lo que procede es plantearla en términos de todo o nada. Según hemos visto, así es como “planteó” el Señor Jesús su vida: se entregó por nosotros. No entregó algún excedente de su cosecha, una limosna de su bolsa más o menos provista, un pensamiento de su inteligencia sobreabundante. **Se entregó a sí mismo.** Sí, se había ido entregando en la enseñanza, en las curaciones, en los dones a los pobres, en la cercanía al pueblo, en las horas sosegadas o urgentes del ministerio, en los encuentros gozosos o en los choques ásperos de su actuación, en los tiempos de soledad y en aquellos en que la gente no lo dejaba ni a sol ni a sombra y él no tenía tiempo ni para comer. En la Última Cena y en la cruz se da él mismo en persona. No había escatimado trabajos, no se escatima a sí mismo. Así fue y así es el indicativo de su gracia.

Llega tu turno. El principio del todo figura en el mandamiento primero y principal, el del amor a Dios con corazón indiviso: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con

todas tus fuerzas, con todo tu ser» (*Dt 6,4*). Podemos evocar muchas resonancias en la Escritura y la Tradición. Señalemos un puñado: «El corazón del ungido pertenece por entero a Dios» (*1 Re 11,4*); «el amor... todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (*1 Cor 13*); «mi Dios y mi todo» (*San Francisco de Asís* [† 1226], y lema de los franciscanos); «ámalo totalmente» (*Illum totaliter diligas*: Clara de Asís); «tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y poseer; vos me lo disteis, a vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta» (*Ignacio de Loyola* [† 1556]); «Ya toda me entregué y di / y de tal suerte he trocado / que mi Amado es para mí / y yo soy para mi amado» (cuarteta de *Teresa de Ávila* [† 1582]); «A Dios toda la gloria, al prójimo toda la alegría, a mí

todos los sacrificios» (lema de santa *María Bertilla Boscardin* [† 1922]). El P. Claret lo ordena «todo a la mayor gloria de Dios». Al emitir la profesión como claretiano declaras lo mismo. Lo haces con otras palabras, pero rimando en el sentido: «Quiero procurar con el mayor empeño la gloria de Dios, dedicarme plenamente a Él [...]»; «orad por mí, para que [...] alcance la caridad perfecta».

En la eucaristía diaria, incorporándote a la ofrenda de Cristo, reafirmas tu propia entrega. Él, al morir, murió al pecado de una vez para siempre y, viviendo, vive para Dios (cf. *Rom 6,10*); la misma cuenta puedes hacerte tú (cf. *Rom 6,11*). Al final de la Plegaria eucarística II pronuncia el presidente esta doxología: «Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos». Y nosotros lo corroboramos con el amén.

Ejercicio 3: El principio del todo

Relee las llamadas de la Palabra de Dios que proponen la norma de la totalidad y los testimonios de los santos que tenían esta consigna en su vida. **Recuerda la fórmula de profesión** con que te consagraste a Dios como misionero claretiano. Medítala párrafo tras párrafo, recordando al hilo del texto las resistencias y cansancios que sufres. Acógete a la bondad del Señor, que te levanta e impulsa a caminar. **Puedes redactar una fórmula personal** en esta fase de tu vida.

2.5. Desprendimiento

Hemos reservado para este momento algún testimonio más que evoca la norma de la totalidad. Uno es la declaración de Simón Pedro: «Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (*Mc 10, 28*), que cuadra con lo que refiere san Lucas: «Y después de llevar la barca a tierra, dejaron todo y lo siguieron» (*Lc 5, 11*). Reaparece la palabra “todo” en dos parábolas de Jesús: la del hombre que encuentra el tesoro en el campo, vende todo lo que tiene y compra aquel campo y la del que encuentra una perla de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra (cf. *Mt 13, 44-46*).

Simón había dejado la barca y las faenas de pesca, su medio de vida, y había dicho “adiós” a cierta forma de vida. En el camino de seguimiento le tocaría afrontar despojos y cambios interiores: abandonar modos de pensar y expectativas simplistas sobre el Reino de Dios y sobre el destino de Jesús (cf. *Mc 8, 31-33*); desechar ilusiones sobre su

propio destino, acordes presumiblemente con sus expectativas relativas a Jesús (cf. *Mc 10, 35-41*); deponer actitudes y métodos violentos (cf. *Mc 14, 36 par.*); renunciar a ideas y códigos alimentarios supuestamente intocables (cf. *Hch 19, 9-16*) y ampliar los ámbitos de misión (cf. *Hch 10, 17-48*).

El desprendimiento se desgrana, por tanto, en despojos de bienes tangibles y en otros despojos muy concretos, que afectan a ese equipaje interior de expectativas, ideas, normas y planes con que afrontamos la vida, pero que necesitan revisión. Como en el arte de la escultura, se trata de quitar lo que sobra; pero, **si estás quizá bastante apegado a lo que te sobra, el proceso de desprendimiento te resultará doloroso**. Es, con todo, la vía que importa recorrer, teniendo los ojos fijos en la meta que persigues, y que haces realmente tuya a medida que avanzas: no es a modo de un objeto material que está ahí fuera y que, aunque hayas



recorrido largo espacio hasta casi tocarlo, queda todavía como algo ajeno a ti mientras no lo hayas asido con tus manos. Hay un vital crecer en la fe, en la esperanza, en el amor, que siempre será un caminar de fe en fe, de esperanza en esperanza, de amor en amor.

El desprendimiento puede asustarte; pero repara en que se da en los más variados órdenes de la vida, y para bien. Por ejemplo: en ocasiones, la gente de mar tiene que soltar lastre, como también lo soltaban, para poder ascender, quienes viajaban en globo; en literatura, los buenos escritores eliminan el exceso de fronda como si fuera hojarasca; el niño se desprende de los dientes de leche para que aparezcan los definitivos; no pocas veces el comienzo de la salud consiste en desintoxicarse, librándonos de sustancias nocivas que lleva el organismo. Nos deshacemos, por tanto, de lo que es un estorbo (el lastre), de lo que es provisional (los dientes de leche), de lo que es dañino (sustancias nocivas). Son desprendimientos para bien.

Si aplicamos este mismo principio al terreno en que aquí nos movemos, tocará decir: **el camino hacia la verdad consiste en desandar pasos mal dados**: deshacerse de supersticiones (“el número trece trae mala suerte”, “los astros mandan en tu vida”, “no te cruces con un gato negro”), de prejuicios y opiniones infundadas, de ideologías dictadas por intereses de grupo, de caricaturas que hacemos de otras personas y etiquetas que les colgamos (“Fulano es esto o lo de más allá”) y de generalizaciones sobre clases sociales, grupos étnicos o religiosos (“los musulmanes son violentos”).

Asimismo, el camino hacia el bien requiere liberarse de vicios y de las obras del hombre viejo o de intereses de grupo que pueden prender en nuestra familia religiosa; el camino hacia la vida ordenada pide romper con malos hábitos (adicción al tabaco, ludopatías, dependencia de Internet, etc.); y la buena ruta de la esperanza pide que dejemos de ser ilusos y hagamos ajustes oportunos en nuestras expectativas.

La operación no se realiza de una vez por todas. Conviene estar sobre aviso y no permitir que se cuelen nuevos prejuicios, nuevas adicciones, nuevas “ilusiones” que llevarán infaliblemente a nuevos desengaños. Será oportuno ampliar esta operación al terreno de los bienes materiales y tangibles. **No vendrá mal, además de la visita canónica, darse de vez en cuando una vuelta por nuestro mundo de cosas y hacer cierta limpieza.** Lo habíamos dejado todo, como Pedro, pero poco a poco se pueden llenar las dependencias de la casa: la despensa, de provisiones; el armario, de ropa; el taller,

de cachivaches; la estantería, de libros (y la cabeza, de informaciones acaso inútiles, que también ocupan lugar: «Mejor una cabeza bien hecha que bien llena», decía Montaigne). Se requiere, pues, cierta vigilancia y la práctica de una sana ascesis en las cosas del alma y las de la casa. Además, ambas clases de cosas pueden ir de la mano: la sociedad de consumo nos ha podido contagiar y hasta inyectarnos en las venas del deseo cierta ansia de bienes materiales y el afán de acumularlos. La operación de limpieza pide, pues, ser cíclica; conviene hacer auditorías periódicas. ¿Quién podrá decir: «Necesito poco y eso poco lo necesito muy poco»?

En suma: no somos sabios, sino aprendices que enmiendan errores; no somos hombres ya li-

bres, sino en cierto modo esclavos que se liberan; no somos virtuosos, sino hombres que van “tras la virtud”; no somos “santos”, sino pecadores que se convierten, y lo hacen venciendo resistencias interiores. Teresa del Niño Jesús se recordaba las palabras del profeta: «Todas nuestras justicias están manchadas»; el sabio te enseña: «Siete veces al día peca el justo»; y la liturgia te inculca en todo tiempo y en tiempos especiales el sentido penitencial. En todo caso, tomamos pie en lo que nos es dado ser y desde ahí avanzamos, conscientes de nuestras caídas, pero apoyados sobre todo en la bondad infinita de aquel que sabe que somos barro.

Ejercicio 4: El desprendimiento

- Quizá se da en ti cierta tendencia a hacerte con algún objeto que, al cabo de varios años, está todavía a la espera de que lo uses por primera vez. Has podido descubrir que no lo necesitabas. Puedes preguntarte por qué tienes esa tendencia. Y **puedes hacer una lista de objetos y desprenderte de alguno.**
- ¿Te cuesta deshacerte de prejuicios, ideas inveteradas pero poco correctas, caricaturas bastante toscas de los otros?

2.6. El dolor y la alegría del desprendimiento

Sin duda, tenemos y sentimos apegos muy buenos y muy sanos a personas, pero la llamada del Señor y la consagración a Él piden cierta ruptura y cambio en ese mundo de relaciones, volviéndonos conscientes de que a Él le corresponde el primer puesto en el orden de nuestros amores. Teresa de Jesús aludía al desgarramiento que significó para ella dejar a su padre cuando entró en el convento. Y Teresa de Calcuta confiesa que le costó más dejar la Congregación de las Hermanas de Loreto que dejar su propia familia a la edad de 18 años. Sentimos esas rupturas y desgarramientos como pérdidas dolorosas.

Pero, al desprenderse uno de sus bienes o después de sufrir el desgarramiento personal, **esos despojos tienen como pago el sentimiento de alegría.** El joven rico del evangelio se sintió atenazado por la angustia de lo que tocaba dejar y la incertidumbre de la aventura que iba a correr. Su decisión de retirarse tuvo como saldo final la tristeza (cf. *Mc* 10, 22). Teresa de Calcuta decía que la tristeza o ciertos casos

de tristeza se deben a que le hemos negado algo al Señor: esa pesadumbre es la resonancia emocional de una decisión desacertada, cobarde o falta de generosidad.

Si solo te fijas en el despojo, no podrás aceptarlo, o te costará mucho aceptarlo. Pero en la profesión de fe bautismal que renuevas en la vigilia de Pascua las renunciaciones se ordenan a una adhesión a Dios, que te entregó a su Hijo, una adhesión a Cristo, que se despojó de su rango por ti, una adhesión al Espíritu dador de vida. El despojo va todo derecho a un revestimiento que lo reclama y lo justifica: te revistes de Cristo (cf. *Gal* 3, 27). Y el despojo que asume el misionero se encamina a revestirse de las entrañas de Cristo, entrañas de misericordia y compasión (según la máxima de que no hay profecía sin ternura). Así te asemejas al que no rompía la caña cascada ni apagaba el pábilo vacilante.

El revestimiento no es una careta o una máscara, sino cierta identificación. Pablo decía: «Ya no soy

yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí» (*Gal 2, 20*).

Cuando Pedro declara a Jesús que él y sus compañeros lo han dejado todo y lo han seguido, Jesús responde con una sentencia válida en general: por cada bien dejado se recibirán cien (pero con persecuciones), y en el mundo futuro la vida eterna (cf. *Mc 10, 29-30*). Pablo le hace eco al afirmar, en una escala de pertenencias: «Todas las cosas son vuestras: Pablo, Apolo, Pedro, el mundo, la vida, la muerte, lo presente y lo futuro; todo es vuestro» (*1 Cor 3, 21-22*). Y Juan de la Cruz detalla ese céntuplo evangélico al enumerar los bienes del alma enamorada: «No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único Hijo Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero [...]. Míos son los cielos y mía es la tierra. Mías son las gentes. Los justos son míos, y míos los pecadores. Los ángeles son míos y la Madre de Dios y todas las cosas son mías. Y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. Pues ¿qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti» (*Dichos de luz y amor, nº 26*).

2.7. Dedicación

“Dedicarse” es una palabra que, en el uso común, significa emplearse en algo, aplicarse a algo. Pero el diccionario enseña que “dedicar” es sinónimo de consagrar, como sucedía ya en el latín. (A lo largo del año litúrgico celebramos la dedicación de varios templos o basílicas). En nuestro caso podemos ensamblar ambos significados. **Consagrarse al Señor significa dedicarse en cuerpo y alma a los asuntos del Señor (cf. 1 Cor 7, 32.34), darse al Señor se traduce en darse a su causa.**

Te comprometes a ello con la fórmula de profesión: la dedicación plena a Dios y el seguimiento de Cristo se ejercen o realizan «en el ministerio de la salvación de los hombres de todo el mundo». El para quién se traduce en un para qué; el ser, en un preciso hacer y padecer. Reconoces y confiesas al Señor mostrándote disponible para una misión, un ministerio, siendo oyente y servidor de su Palabra. Te incorporas a la fila de siervos del Señor encabezada por Moisés, los profetas, María, los discípulos de Jesús, Pablo, Claret.

Somos conscientes de que los asuntos y causa del Señor no son simplemente algo, sino siempre y en definitiva alguien: la salvación de los hombres, tarea en cuyo desempeño procuramos la gloria de Dios. Lo mismo que una madre dice de sus hijos: «Da gloria verlos comer», procuramos que Dios Padre pueda decir: «Da gloria ver cómo los hombres



tienen vida y la tienen abundante» (cf. *Jn 10, 10*).

También aquí recuperamos el principio del todo. Se ha traducido en varias máximas y prácticas. El apóstol Pablo confiesa: «Me hice todo para todos, para ganar, sea como sea a algunos» (*1 Cor 9, 22*); y en otra carta declara: «Muy gustosamente me gastaré y me desgastaré totalmente por vosotros» (*2 Cor 12, 15*). En carta a los fieles de Colosas se los exhorta: «Lo que hacéis, hacedlo con toda el alma» (*Col 3, 23*). Ignacio de Loyola propone: «En todo amar y servir». El P. Claret se desgastó en el servicio al evangelio; era infatigable en la predicación y manirroto en la difusión de escritos, ajustándose a esta intención: “Por amor de Dios me esmeraré en hacer todas las cosas bien” (*Propósitos 1865, n. 7*).

A la vez, somos conscientes de que el evangelio que estamos llamados a comunicar excede siempre nuestra vida personal. Mons. Pedro Casaldáliga lo confiesa en este breve poema:

No voy,
va mi palabra.
¿Qué más queréis?
Os doy
todo lo que yo creo,
que es más que lo que soy.

En lo que pondrás cuidado es en que esa palabra tuya esté tejida con las palabras que el Padre dio al Hijo y que el Hijo dio a los discípulos (cf. *Jn 17, 8*).

Ejercicio 5: Hacerse todo para todos

Actualmente se ha puesto de moda la “resiliencia” entendida como la capacidad de afrontar la adversidad saliendo fortalecido de ella y confirmando la propia adaptación y elasticidad.

Reflexiona sobre tu capacidad de adaptación cuando te incorporas a una comunidad o se incorporan otros a la tuya, cuando se te encomienda una nueva misión, cuando las circunstancias exigen cambios (a veces, pequeños cambios en el orden comunitario). Procura estar alerta sobre la resonancia que producen en ti esas alteraciones: estímulo, resistencia, protesta, cansancio...

2.8. Cada uno según su medida

La viuda pobre echó en el cepillo del templo una cantidad ridícula. Pero la mirada de Jesús cala hondo y vuelve del revés la apreciación puramente contable; y revela que la viuda, en situación tan precaria en aquel tiempo por su pobreza y por la falta del marido, no ha escatimado nada. Su gesto simboliza la radical confianza en Dios.

Con motivo de la colecta para los cristianos de Jerusalén, Pablo invita a los corintios a ser generosos y les recuerda «la generosidad del Señor, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza» (2 Cor 8, 9). A la vez añade con sabiduría: «Tampoco se trata de que, para alimentar a otros, vosotros paséis estrecheces, sino de que, según un principio de igualdad, vuestra abundancia remedie en este momento su pobreza, para que un día su abundancia remedie vuestra pobreza» (2 Cor 8, 13-14). Y pone delante la proporción entre la siembra y la cosecha: para que esta no sea escasa la siembra no deberá ser tacaña.

Sin duda, el principio del todo, la llamada a poner alma y vida en lo que hacemos y los estímulos a ser generosos en las dádivas exigen tensión. También la reclamaba el apóstol Pablo: «Ya sabéis que en el estadio todos los atletas corren, aunque uno solo se lleva el premio. Corred así: para ganar» (1 Cor 9, 24). Y sobre sí mismo confesaba: «Yo hermanos, no me hago ilusiones de haber alcanzado ya la meta. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio a que Dios me llama» (Flp 3, 13-14).

La comparación del certamen atlético tiene su punta estimulante, pero tiene también un punto en que se quiebra. En una competición deportiva hay un solo premio y un solo vencedor o, en el mejor de los casos, un podio para tres vencedores.

Algo parecido sucede en unas oposiciones o en un concurso: se pueden presentar miles de aspirantes para unas pocas plazas. Esto requiere que cada aspirante eleve su rendimiento al máximo, se aplique al cien por cien, dé lo mejor de sí; conformarse con salir del paso sería suicida. En su momento, el jurado o el tribunal dirá quiénes son los pocos afortunados que acceden a las plazas en concurso. Pero la competición a que se refiere Pablo es de otro orden: no se da entre rivales que por necesidad se eliminan entre sí; cada uno puede recibir su propio premio, todos pueden ganar y a todos toca incluso ayudarse en la respectiva victoria. (Un claretiano, el Hno. Fernando Donázar, lo entendía así para el momento del juicio de Dios: quería que todos los claretianos fuéramos juzgados juntos, incluido el Corazón de María). **La configuración con Cristo no está reservada a uno ni a tres: se propone y se pide a todos. Así, la tensión se alía con la serenidad.** Entre ambas te dicen: no capitules, evita transacciones y componendas, da lo mejor de ti mismo; pero vive la tensión con plena confianza, no te agobies.

2.9. Dando es como recibimos

Conoces cierta oración que se atribuye a san Francisco de Asís, aunque parece que no se han registrado documentos anteriores al siglo XX que la atestigüen. No importa mucho que no sea suya, y comprendemos que se le adjudique, porque «al que tiene se le dará»: se le darán discípulos que aprenden en su escuela y prolongan la enseñanza y oraciones del maestro; o se redactarán cartas que engrosan el epistolario auténtico del escritor, como sucede con Pablo.

En la plegaria aludida el orante pide a Dios que lo haga instrumento de su paz y que le conceda

no buscar tanto ser consolado como consolar, ser amado como amar. Como quien trata de explicarse por qué salen de su ánimo y su boca pedigüeña esas extrañas demandas o como quien tiene a su lado un oyente que se sorprende de que rece así, el orante ofrece una explicación: «Porque dando es como recibimos [...], perdonando es como somos perdonados». Esta reflexión es eco de enseñanzas evangélicas y nos hace evocar la respuesta de Jesús a Pedro. Johann W. von Goethe expresaba a su modo el regalo que deja el don en el propio donante: «Es el canto que canta la garganta / la paga más gentil para el que canta». Y Teresa de Jesús y Juan de la Cruz señalan el fruto que le llega al donante desde el receptor del don: «Amor saca amor», escribía Teresa (*Vida*, 22, 14); «[...] adonde no hay amor, ponga amor, y sacará amor», decía Juan de la Cruz en carta a la M. María de la Encarnación.

Podemos señalar algún caso en que el gesto mismo de dar convierte al donante en real receptor. El biólogo y médico Alexis Carrell pensaba que dos o tres partos son una función indispensable para el óptimo desarrollo de la mujer. En cierto modo, ella misma sería hija de su hijo en ese estado del embarazo. Pero también lo es en la crianza: los trabajos y alegrías de una maternidad bien llevada la harán crecer como persona y como madre. Y ya desde el comienzo conocerá experiencias singulares, como refleja esta anécdota: «Una madre da a su bebé por primera vez un bombón. El bebé saborea con visible placer dulce tan delicioso. De repente, se lleva la mano a la boca, saca un cachito del bombón y se lo da a la mamá, para que también ella lo disfrute».

Hay, pues, dones que revierten sobre el dador en el ejercicio mismo de dispensarlos: el confesor que quizá entró desalentado en el confesonario, al escuchar el desaliento de otras personas relativiza el propio, y al infundir ánimo a los penitentes se lo da a sí mismo; el profesor se hace, descubre y aprende en el ejercicio mismo de la enseñanza. El enfermero estará alerta de sus enfermedades conociendo las de los pacientes.

Cuando el don implica una pérdida o un sacrificio notamos resistencia interior: repartir dinero entre los necesitados es otro modo de perderlo; prestar escucha atenta a alguien torpe y pesado requiere un fruto del Espíritu: el dominio de sí. Habrá cosas que hacemos de mil amores; pero en ocasiones, también en la vida comunitaria (con sus decepciones, cansancios y dificultades para alcanzar acuerdos), se cumplirá la sentencia de Teresa de Calcuta: «El amor, para que sea auténtico, debe costarnos». Ahora bien, retraerte de dar por miedo



a la pérdida que el don entraña y retraerte de servir por miedo al desgaste que generan los trabajos misioneros pueden ser síntomas de enfermedad. Recordamos la imagen del grano de trigo que “no muere” y queda infecundo. Jesús comentará a renglón seguido: «Quien tiene apego y preocupación por su vida, la perderá; quien no se aferre a ella excesivamente en este mundo, la guardará para la vida eterna» (*Jn 12,25*).

2.10. La nota misionera del don

Jesús inculca a los discípulos en el discurso de misión: «Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis» (*Mt 10,18*). El acento recae en el adverbio “gratis”, pero paremos mientes también en los verbos a que acompaña. El Reino de Dios y la lista de dones enumerados arriba no los creamos nosotros: los recibimos, y los recibimos para darlos. Continuamos una historia de entregas como viva voz del evangelio. En el discurso de despedida dice Jesús en la última noche: «Os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros. Como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros. Por el amor que os tengáis mutuamente reconocerán todos que sois mis discípulos» (*Jn 13, 34-35*). El amor, el ejercicio del don, es misionero: habla de Jesús, aquel al que pertenecemos. Y es un lenguaje que entienden “todos”, todo el mundo.

La ofrenda de sí en la eucaristía diaria, el desprendimiento periódico de bienes, la dedicación asidua a la misión concreta que tenemos confiada: son los gestos en que se ejercita la donación de sí, la consagración al Señor. «Para hacer que una lámpara esté siempre encendida, no debemos dejar de ponerle aceite».

3. Sugerencias para el encuentro comunitario

1. Se puede comenzar con la **lectura del pasaje de Lc 6,31-38**, proclamado lentamente. Se guarda un momento de silencio dejando que la palabra escuchada deje su resonancia en cada miembro de la comunidad.

2. A continuación se invita a **hacer juntos un recorrido por cuatro círculos** tratando de identificar algunas señales y manifestaciones del don y del perdón que acontecen en cada uno de esos ámbitos:

a) en la sociedad (la llamada “economía del don”, etc.),

b) en la Iglesia,

c) en la Congregación o en el Organismo a que pertenece la comunidad,

d) en la propia comunidad y en su contexto más inmediato.

3. En relación con la comunidad, **se pueden plantear estas cuestiones**: ¿Nos dejamos llevar de la tendencia a la acumulación de bienes? ¿Qué

gestos de desprendimiento con proyección extra-comunitaria realizamos? ¿En qué podríamos crecer respecto a los intercambios y servicios en la vida ordinaria de la comunidad?

4. Se puede concluir con la **lectura de Lc 11,1-13**, con acciones de gracias señalando espontáneamente motivos de agradecimiento al Señor.

(Se puede buscar una circunstancia apropiada para renovar la profesión [CC 159]. Podría ser el 2 de febrero, día de la Vida Consagrada).





5. Pistas para la *lectio divina*

El año litúrgico propone una nueva fase en el ciclo anual: el **Tiempo Ordinario**, que no deja de ser importante. Porque la vida está hecha de solemnidades y de ferias menores; y porque los evangelios son algo más que historias de la pasión precedidas de un largo prólogo. Por ahí se empezó, sí, pero el Jesús pascual y el Hijo nacido de María no se comprenden sin repasar sus pruebas, el “horario” de su jornada tipo, sus opciones en el ministerio evangelizador, su señorío, su revelación progresiva; y del Jesús pascual nos hablan los que respondieron a su llamada y fueron dando pasos, entre impulsos y resistencias, luces y oscuridad, en el camino del discipulado. **Este tiempo es una Luz entre dos Luces (Navidad y Pascua)**. En él nos revela Jesús su compasión y entrega cotidiana.

Lunes 14 de enero de 2013

- Heb 1,1-6
- Sal 96
- Mc 1,14-20

“Se ha cumplido el plazo. El reino de Dios está cerca. Convertíos”: son tres palabras esenciales del Hijo por quien Dios ha hablado en esta etapa final. Es experto en los tiempos de Dios para su pueblo; revela la acción definitiva de Dios; marca la respuesta adecuada para acompañarnos al actuar divino. Y comienza la historia del seguimiento: la de quienes ponen su reloj en hora con el de Dios.

Martes 15 de enero de 2013

- Heb 2,5-12
- Sal 8
- Mc 1,21-28

Jesús enseña y actúa, ensambla enseñanzas y órdenes. Y lo hace con autoridad. A veces preguntamos: “¿quién manda aquí?”. Jesús deja claro quién manda. Expulsa la oscuridad: con su enseñanza, la oscuridad que domina la mente; con su orden imperiosa, las fuerzas oscuras que se han adueñado de una persona. Es toda una fiesta de la luz la que hoy narra el evangelista. Te invita a que te sumes.

Miércoles 16 de enero de 2013

- Heb 2,14-18
- Sal 104
- Mc 1,29-39

La jornada tipo de Jesús es un modelo para revisar la tuya. ¿En qué medida vives la atención personal, como Jesús con la suegra de Pedro, y la atención a las comunidades, como él a las multitudes? ¿En qué medida combinas la diástole del ministerio y la sístole de la oración personal y comunitaria? También da que pensar su modo de unir la itinerancia evangelizadora y la presencia en la casa.

Jueves 17 de enero de 2013. Memoria de san Antonio, abad. V. María Antonia París (Cal CMF, 27-32)

- Heb 3,7-14
- Sal 94
- Mc 1,40-45

Recordamos el beso de Francisco de Asís al leproso; fue un motivo más para designarlo “otro Cristo” y “hermano de Jesús”. En la escena evangélica, Jesús extiende la mano, toca al enfermo segregado, lo cura y lo remite a la institución que le permite reintegrarse en la vida de Israel. Jesús encarna una pureza carismática y revela cómo no es la impureza lo que se pega, sino la pureza.

Viernes 18 de enero de 2013

- Heb 4,1-5.11
- Sal 77
- Mc 2,1-12

Los títulos (sanador, exorcista) que vamos dando a Jesús se quedan cortos. Hoy aparece uno inesperado que muestra la hondura de su acción: es el Hijo del hombre con poder para perdonar los pecados. Ya no serán los sacrificios del Templo el cauce de la gracia reconciliadora; Jesús es el mediador de ese don por antonomasia, obra de la justicia salvífica de Dios. Podemos orar: “Sáname, Señor, porque he pecado contra ti”.

Sábado 19 de enero de 2013

- Heb 4,12-16
- Sal 18
- Mc 2,13-17

Una faceta más del Señor: es anfitrión que acoge sin pedir carnet de observancia. En su esplendor, no traza un cordón sanitario para aislar a recaudadores e ilegales. Lee sus corazones, que acaso dicen “no soy digno de entrar en tu casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme” y se confían a su misericordia, capaz de dar un vuelco a la vida, como sucedió con Leví.

Domingo 20 de enero de 2013. II Domingo del Tiempo Ordinario

- Is 62,1-5
- Sal 95
- 1 Cor 12,4-11
- Jn 2,1-12

Todavía resuenan las palabras del cuarto evangelio escuchadas tres veces en la liturgia de Navidad: “Hemos visto su gloria”. En Caná realiza Jesús su primer espléndido signo, manifiesta su gloria y obtiene el objetivo deseado: que los discípulos creen (más) en él. Todos sus signos se registraron para que nosotros, discípulos del siglo XXI, mediante la práctica de la lectio, creamos en él y, creyendo, tengamos vida gracias a él.

Lunes 21 de enero de 2013. Memoria de santa Inés, virgen y mártir

- Heb 5,1-10
- Sal 109
- Mc 2,18-22

“Al traerse a sí mismo, Jesús trajo consigo toda novedad” (San Ireneo). Cantemos: *nova sint omnia: corda, voces et opera* (todo sea nuevo: los corazones, las voces, las obras). La vida es polifónica. En ella hay misterios de gozo, de luz, de dolor, de gloria, y cada uno tiene su momento. Lo importante es participar con el ser entero en el que toca vivir, envueltos en la Pascua del novio.

Martes 22 de enero de 2013. Memoria de san Vicente, diácono y mártir

- Heb 6,10-20
- Sal 110
- Mc 2,23-28

Ayer el conflicto era sobre el ayuno; hoy, sobre el sábado. Tendemos a invertir el orden de las cosas: el hombre para el sábado; vivir para comer; los fines para los medios; el ser para el tener, etc. Pongamos las cosas cabeza arriba. Que los medios sean medios, y los fines, fines. Jesús te dice: “entra conmigo en el reino de los fines”. Porque el sábado tanto tiempo esperado irrumpe con él.

Miércoles 23 de enero de 2013

- Heb 7,1-3.15.17
- Sal 109
- Mc 3,1-6

El conflicto, salvo para gentes competitivas, desagrada, y tendemos a esquivarlo. Pero es inevitable, y no se debe rehuir por sistema. Jesús incluso lo provoca, con el riesgo de que el otro, al verse desenmascarado, se endurezca en su posición. Cuando está en juego el Reino de Dios, no podemos inhibirnos; hay que afrontar los choques. Pidamos sabiduría para discernir qué se ventila en cada caso y cómo actuar.

Jueves 24 de enero de 2013. Memoria de san Francisco de Sales, obispo y doctor

- Heb 7,25-8,6
- Sal 39
- Mc 3,7-12

El papel de los discípulos es todavía modesto. A Simón y Andrés les había prometido Jesús constituirlos pescadores de hombres (Mc 1,17); y pronto constituirá a los Doce y los nombrará apóstoles (Mc 3,14). De momento están con él, y ahora hacen de guardaespaldas. Todo llegará. Ninguna obra es vil. Lo decisivo es cumplir su voluntad. Teresa de Jesús diría: “Amor dulce, veisme aquí, / ¿qué mandáis hacer de mí?”.

Viernes 25 de enero de 2013. Fiesta de la Conversión del apóstol san Pablo (Cal CMF, 33-38)

- Hch 22,3-16
- Sal 116
- Mc 16,15-18

El encuentro de Cristo con Saulo fue una experiencia fundante y suscitó en él un doble impulso. Primero, Pablo aspiraba a crecer en la relación el Señor y decía: «Quiero conocerle a él, el poder de su resurrección y tener parte en sus sufrimientos». El segundo e inseparable impulso fue el del apostolado. En su pasión por dar a conocer a Cristo declaraba: «¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!».

Sábado 26 de enero de 2013. Memoria de san Timoteo y san Tito, obispos

- Heb 9,2-3.11-14
- Sal 46
- Mc 3,20-21

“No estaba en sus cabales”: ¡Vaya cumplido! En aquella época el clan familiar tenía enorme importancia y buscaba la máxima cohesión; la autonomía personal quedaba muy cercenada. Jesús, que acaba de crear su comunidad, rompe esos códigos del clan. Él sabe muy bien quién es su Padre, y también quiénes son sus hermanos, hermanas y madre; sabe muy bien a quién debe obediencia y a quién cercanía.

Domingo 27 de enero de 2013. III Domingo del Tiempo Ordinario

- Neh 8,2-4a.5-6.8-10
- Sal 18
- 1 Cor 12,12-30
- Lc 1,1-4; 4,14.21

“Hoy se cumple esta Escritura”. “Hoy”: palabra que, en la ilimitada serie de los días, señala uno, justamente este mismísimo día que viven el Ungido y sus oyentes. “Esta Escritura”, no aquella, ni la de más allá en una serie casi ilimitadamente larga. A esta feliz Escritura le ha llegado su día. Se acabaron las distancias, las lejanías, tantas esperas. ¡Hasta el brazo más corto puede señalar el presente!

Lunes 28 de enero de 2013. Memoria de santo Tomás de Aquino, presbítero y doctor

- Heb 9,15.24-28
- Sal 97
- Mc 3,22-30

El desolador diagnóstico de anteayer se queda pequeño ante esta denuncia contra Jesús como encarnación del Maligno. Como callar sería otorgar, Jesús muestra lo contradictorio y blasfemo de la acusación: “Se rechaza blasfemamente la oferta de perdón cuando se difama al portador del Espíritu divino acusándolo de” posesión demoníaca (*J. Gnillka*). Así como hay confirmación en gracia, parece haber fijación irreversible en el mal.

Martes 29 de enero de 2013

- Heb 10,1-10
- Sal 39
- Mc 3,31-35

No hay parentesco que valga. Jesús no está por el nepotismo ni por privilegios de los consanguíneos. Lo decisivo es que la vida de Dios circule por nuestras venas, y esa vida es de conocimiento y amor, de confianza y obediencia plenas. La santidad consiste en la unión de voluntades; la unión de la nuestra con la de Dios es lo que nos hermana con el Señor y entre nosotros.

Miércoles 30 de enero de 2013

- Heb 10,11-18
- Sal 109
- Mc 4,1-20

Se nos han dado la parábola y la explicación. Esta última presenta las actitudes y los sentimientos adecuados para acoger la palabra: la alegría por el don inestimable que es (como Jeremías); la constancia en medio de las pruebas (como Pablo); la disciplina del deseo (como los anacoretas); la aceptación fecunda (como María). Se oponen a la indiferencia, la capitulación temprana, la apetencia voraz de cosas, la vaciedad.

Jueves 31 de enero de 2013. Memoria de san Juan Bosco, pesbítero

- Heb 10,19-25
- Sal 23
- Mc 4,21-25

Todo tiene su para qué. El candil está para iluminar la estancia; la tierra, para ser fecunda, no para quedar yerma; el pan, para ser comido, no para colocarlo en vitrinas; el talento para producir dinero, no para guardarlo en el calcetín; el testigo del evangelio, para expandir su poder salvador. No escondas el don, no toleres que se pudra, sácale brillo y déjale mostrar su gracia. Aunque te cueste fatigas.

Viernes 1 de febrero de 2013. Atentado de Holguín (*Cal CMF, 41-46*)

- Heb 10,32-39
- Sal 36
- Mc 4,26-34

“Primero los tallos, luego la espiga, después el grano”. Todo por su orden. ¡Admirable empuje ascendente del tallo! Rompe la costra de tierra, se alza sobre el suelo, como contradiciendo la ley de la gravedad. La espiga es esa corona de fecundidad que hermosea la mies, no columna de humo que sube, pero se desvanece estéril e ingrávida. La vida que tiende hacia lo alto y es fecunda simboliza el Reino.

Sábado 2 de febrero de 2013. Fiesta de la Presentación del Señor

- Mal 3,1-4
- Sal 23
- Heb 2,14-18
- Lc 2,22-40

Gloria de Israel... y motivo para que muchos caigan y se levanten en Israel. Simeón contrapone el ideal y los hechos, lo que Jesús es de suyo y lo que de hecho será, según la actitud de cada cual. Es medicina, pero hay fármacos con efectos paradójicos: “lo que se recibe, se recibe al modo del receptor”, según la disposición de su voluntad. Como Simeón, espera y reconoce a tu Salvador.

Domingo 3 de febrero de 2013. IV Domingo del Tiempo Ordinario

- Jer 1,4-5.17-19
- Sal 70
- 1 Cor 12,31-13,13
- Lc 4,21-30

Dicen los teólogos: “La gracia de Dios no está encadenada a los sacramentos”. Tampoco antaño estuvo atado su favor a un islote de predilectos. Israel no había sido fiel a su vocación de luz de las naciones, misión que encarnará Jesús, el profeta definitivo de Dios, que conecta con Elías y Eliseo. Un misionero no puede tener miras aldeanas, porque para la salvación de Dios no hay fronteras.

Lunes 4 de febrero de 2013. Venerable P. Jaime Clotet (Cal CMF, 47-54)

- Heb 11,32-40
- Sal 30
- Mc 5,1-20

Jesús había mostrado su soberanía sobre el mar encrespado mediante una especie de exorcismo. Con un nuevo acto de señorío, en los dominios de la muerte y en una zona pagana infestada de poderes diabólicos, cura al endemoniado. No solo le devuelve la cordura: lejos de imponerle la consigna del silencio, lo convierte en evangelizador entre los suyos. Es un hombre nuevo: modelo de gratitud y de misión para ti.

Martes 5 de febrero de 2013. Memoria de santa Águeda, virgen y mártir

- Heb 12,1-4
- Sal 21
- Mc 5,21-43

Pueden otros estrujar a Jesús y, no obstante, hallarse a años luz de él; aquella mujer, con solo tocarle el manto, vive un encuentro. El puente de comunicación es la fe, no el puro contacto de masa física a masa física. También Jairo salva por medio de la fe la distancia que separa a su hija del encuentro con Jesús. Creer o no creer: esa es la cuestión.

Miércoles 6 de febrero de 2013. Memoria de san Pablo Miki y compañeros, mártires

- Heb 12,4-7.11-15
- Sal 102
- Mc 6,1-6

Es acentuado el contraste entre el relato de hoy y el de ayer. Nosotros no conferimos la mesianidad a Jesús; pero, al creer en él, nos abrimos a que despliegue en nosotros el poder de su gracia. Si alguien te quiere hacer un regalo y cierras el puño, se frustra el proceso de donación. La sospecha y la desconfianza son mal camino para la relación con Dios.

Jueves 7 de febrero de 2013

- Heb 12-18-19.21-24
- Sal 47
- Mc 6,7-13

Jesús “designó a Doce (...) con poder para arrojar los demonios” (Mc 3, 14). En su misión los Doce expulsarán muchos demonios y curarán muchos enfermos. Jesús no escatimó el poder que confería a los Doce: era como una fuente generosa que distribuye a través de doce caños su riqueza inagotable. No conocía el miedo propio de la mezquindad, ni la mezquindad propia del miedo. “Da y se te dará”.

Viernes 8 de febrero de 2013

- Heb 13,1-8
- Sal 26
- Mc 6,14-29

El final del relato narra una cadena de entregas: el verdugo a la joven, la joven a su madre. La cabeza va de mano en mano. No haremos rodar cabezas, pero podemos hacer rodar famas con frases asesinas que van de boca en boca. Las palabras de un misionero han de ser de bendición. Recuerda la importancia de la palabra para el P. Claret.

Sábado 9 de febrero de 2013

- Heb 13,15-17.120-21
- Sal 22,1
- Mc 6,30-34

A Jesús le cambian los planes: la vida manda, las necesidades de las personas mandan. Él, el Señor, se hace servidor. No despacha a la gente con un “vuelvan ustedes mañana”. Y tampoco despacha aprisa, como asunto enojoso, la tarea que le sobreviene ante el estado de la multitud. Como pastor lleno de compasión mesiánica, guía con su palabra, protege con el signo de la cruz, alimentará con su cuerpo.

Domingo 10 de febrero de 2013. V Domingo del Tiempo Ordinario

- Is 6,1-2a.3-8
- Sal 137
- 1 Cor 15,1-11
- Lc 5,1-11

Estamos ante una especie de relato vocacional: Jesús da un signo, Simón queda sobrecogido, Jesús lo invita a no temer y le da la misión, Simón Pedro y sus compañeros la acogen y siguen al Señor. Él, que continúa llamando, te dice: “No temas”. Deja atrás tus miedos, tu desconfianza, todo lo que te estorba en el seguimiento. Fíate de su palabra y echa la red.

Lunes 11 de febrero de 2013. Aprobación de nuestras Constituciones (Cal CMF, 55-61)

- Gen 1,1-19
- Sal 103
- Mc 6,53-56

Se dice que el tacto es el sentido de la realidad: tocamos para cerciorarnos de no padecer un espejismo. Los niños, para crecer, necesitan alimentación, cobijo... y caricias. Los enfermos, en Lourdes, tocan la roca y se sumergen en el agua. ¿Qué tiene de extraño que aquellos enfermos se asieran a Jesús, roca-fuente de salud? La mano no es solo criterio de realidad; es portadora, conductora y receptora de gracia.

Martes 12 de febrero de 2013

- Gen 1,20-2,4
- Sal 8
- Mc 7,1-13

Jesús había marcado distancias respecto a sus parientes y había colocado, por encima del vínculo familiar, la voluntad de Dios. Ahora no se contradice: es de nuevo la voluntad de Dios la que marca los deberes inexcusables para con los padres ya mayores y necesitados. Nuestras tradiciones no deben echarle un pulso a Dios. ¡Y cuidado con falsas estrategias de honorable piedad para eludir obligaciones!

5. Textos para profundizar

Anexo 1: Jn 1,14 (J. L. Borges)

Refieren las historias orientales la de aquel rey del tiempo, que sujeto a tedio y esplendor, sale en secreto y solo, a recorrer los arrabales y a perderse en la turba de las gentes de rudas manos y de oscuros nombres; hoy, como aquel Emir de los Creyentes, Harún, Dios quiere andar entre los hombres y nace de una madre, como nacen los linajes que en polvo se deshacen, y le será entregado el orbe entero, aire, agua, pan, mañanas, piedra y lirio, pero después la sangre del martirio, el escarnio, los clavos y el madero.



Anexo 2: La epidemia y el antídoto (C. G. Vallés)

En un país sin nombre y sin mapa se declara una enfermedad mortal que se va extendiendo sin que nadie sepa cómo curarla. Comienzan a llegar noticias breves de la plaga a los grandes países del primer mundo, pero nadie se preocupa porque la región está lejos y la raza es distinta. Y crece la epidemia.

Un día saltan los medios informativos de los grandes países. Se ha detectado un caso de la enfermedad en Europa. Otro en Estados Unidos. Otros por países industrializados. Cunde la alarma. Urge aislar los casos, evitar la epidemia, encontrar el remedio.

Aumentan las cifras, cunde el pánico, se acelera la investigación. Por fin se averigua que existe un antídoto de la plaga, y ése puede encontrarse en la sangre humana, aunque con

mucha dificultad, aún no se sabe de ninguna persona que lo posea. A partir de ese antídoto se podría elaborar inmediatamente una vacuna y se salvaría toda la raza humana. Pero ¿dónde encontrar al poseedor de esa sangre redentora?

Se examina la población entera, y al fin se encuentra a un niño pequeño en cuya sangre está el valioso antídoto. Se necesita el permiso de su padre para la donación de sangre de su hijo. El padre ofrece plena cooperación, y pregunta a los doctores cuánta sangre de su hijo hará falta para fabricar la vacuna. Los médicos investigadores se miran unos a otros en silencio porque saben la respuesta, hasta que uno de ellos dice con voz muy suave al tiempo que muy clara una sola palabra: “Toda”. El Padre mira al Hijo. El Hijo mira al Padre. Y los ángeles recogen la sangre del Calvario.

Anexo 3: Sobre el poseer, el dar y el recibir (Jean-Guy Saint-Arnaud)

“Uno solo posee aquello que da” (J. Corbon). Y es que, lejos de poseerlo, aquello que no somos capaces de dar nos posee a nosotros. Este axioma nos lleva al delicioso apólogo sobre el modo de capturar a un mono. El procedimiento es sencillo: colocar una pieza de fruta en una jarra que tenga una abertura con la holgura justa para que el mono pueda meter la mano y coger la fruta. Cuando el mono la tenga, estará prisionero; pues, no queriendo ya soltar su presa, le será imposible sacar la mano. Así que es precisamente al poseer como resulta poseído. Son muchos los autores que han ilustrado esta idea, cada uno a su modo. En su novela *El señor Ibrahim y las flores del Corán*, Eric. Emmanuel Schmitt escribe: “Todo aquello que des, Momo, será tuyo para siempre; lo que guardes... ¡eso estará perdido para siempre!”. En el contexto de la multiplicación de los panes, Henri Nouwen ob-

serva que “lo que damos se multiplica, y lo que acumulamos disminuye”. “Uno no posee más que dando –precisa asimismo Maurice Zundel–, uno no se salva más que si consiente perderse. El don es la medida del ser”. Al final de la película de Dominique Lapierre, *La Ciudad de la Alegría*, se formula la siguiente frase, que expresa, en otras palabras, la profunda paradoja el que pierde, gana: “Todo lo que no se da se pierde”. Jacques Grand’Maison escribió lo mismo: “Cuando dejemos este mundo, no quedará más que lo que hayamos dado”. Y el mismo pensamiento lo encontramos en el maravilloso homenaje a la gratuidad que es la película *El festín de Babette*: “Uno no se lleva al cielo más que lo que ha dado”.

Para ser capaz de dar, primero hace falta saber recibir. Hay una correlación entre el don y la acogida. Lo que damos crea en nosotros el espacio para seguir recibiendo. “En lo es-

piritual no se recibe más que si se da. Y uno no da si no sabe recibir”. Esta observación de Marcel Légaut expresa de otro modo un proverbio del Alto Volta según el cual no debemos darle nada a nadie a quien no le hayamos pedido algo. Para ayudar a alguien que pasa dificultades, conviene pedir antes algún servicio. “No pedirle nada a alguien es tan grave como no hablarle. Vivir sin pedir nada equivale a decir que uno prescinde de los demás, equivale a la exclusión”. El haber pedido un servicio, un favor, permitirá a muchos dar lo mejor de sí mismos.

De manera que llegamos a ser nosotros mismos al darnos, y nos poseemos en la medida en que hacemos don de nosotros mismos. Solo nos desarrollamos en la gratuidad. Nuestra libertad consiste precisamente en vivir de esta gratuidad, en

existir en la acción de gracias, en pasar del ser servidos al servir. En ningún momento manifiesta más una madre que está viva que cuando da a luz a su hijo, a quien le da la vida. Y no pierde nada por compartir su vida; al contrario, así manifiesta su creatividad. La vida, hay que repetirlo, está hecha para que la demos. Así es como somos. Podríamos en este punto desarrollar una pedagogía de la gratuidad. Al modo de aquella madre de Burundi que educaba maravillosamente a su hijo en la generosidad jugando con él como se juega a la pelota: después de darle una naranja se la volvía a pedir, para enseñarle tanto a dar como a recibir.

Anexo 4: Sobre el dar (Khalil Gibran)

Entonces dijo un hombre rico: “Háblanos del dar”. Y él respondió:

Vosotros dais, pero poco, cuando dais de vuestras pertenencias. Porque ¿qué son vuestras pertenencias sino cosas que conserváis y guardáis por miedo a que podáis necesitarlas mañana? Y mañana ¿qué traerá el mañana al perro archiprudente que entierra huesos en la arena movediza mientras sigue a los peregrinos a la ciudad santa?

Y ¿qué es el miedo a la necesidad, sino la necesidad misma?

Cuando vuestro pozo está lleno, ¿no es el miedo a la sed lo que hace que vuestra sed sea insaciable?

Existen aquellos que dan poco de lo mucho que tienen, y lo dan a cambio de reconocimiento, y su oculto deseo hace que sus dones sean dañinos. Y existen aquellos que tienen poco y lo dan todo. Estos son los que creen en la vida y en la generosidad de la vida y su cofre nunca está vacío.

Existen aquellos que dan con alegría, y esa alegría es su recompensa; y existen aquellos que dan con dolores, y esos dolores son su bautismo; y existen aquellos que dan y no conocen el dolor de dar, ni buscan en ello alegría; no lo hacen por afán de ser virtuosos; dan como los mirtos en el valle; aquí y allá, lanzando su fragancia al espacio. A través de las manos de tales seres habla Dios y desde detrás de los ojos de ellos, Dios sonrío sobre la Tierra.

Bueno es dar cuando nos piden, pero mejor es dar sin que nos pidan, como buenos entendedores; y para el hombre de mano abierta, el buscar al que habrá de recibir, es mayor gozo que el dar.

Y, ¿existe algo que podáis retener? Todo cuanto poseéis será dado algún día. Por lo tanto, dad ahora para que el tiempo de dar sea vuestro y no de vuestros herederos.

A menudo decís: «Yo daría; pero solamente a aquellos que lo merecen». Los árboles de vuestros huertos no hablan así, ni los rebaños de vuestras dehesas.

Dan para poder vivir, porque retener es perecer. Por cierto que aquel que es merecedor de recibir sus días y sus noches, es merecedor de todo lo demás de vosotros. Y aquel que ha merecido beber del océano de la vida merece llenar su copa en vuestro pequeño arroyuelo.

Y ¿qué merecimiento podrá haber mayor que aquel que reside, no en la caridad, sino en el coraje y en la confianza de recibir? Y ¿quiénes sois vosotros para que los hombres deban rasgar su pecho en vuestra presencia y desvelar su orgullo a fin de que podáis ver su mérito al desnudo y su dignidad sin mengua? Procurad primero que vosotros mismos merezcáis ser donantes e instrumentos del dar.

Porque, en verdad, es la vida la que da a la vida, mientras que vosotros, que os creéis donantes, no sois más que testigos. Y vosotros los que recibís —y todos sois receptores— no os echéis encima el peso de la gratitud, a fin de no imponeros un yugo a vosotros mismos y a aquel que da. Mas bien elevaos junto con el donante, usando sus dones como alas; porque extremar cuidados acerca de vuestra deuda es dudar de su generosidad, que tiene por madre a la Tierra de corazón abierto y por padre a Dios.

Anexo 5: El Rey de reyes y el mendigo

De puerta en puerta, a lo largo de la calle polvorienta de la aldea, iba el hombre mendigando unos granos de trigo para hacerse su pan. Apareció entonces al otro extremo de la calle, como un sueño magnífico, un carro de oro. Era más que la carroza de un rey. Era la del Rey de reyes.

La carroza se detuvo al lado del mendigo. El Rey de reyes lo miró y descendió sonriéndole. Era la felicidad, por fin, el colmo de la alegría, la terminación de la miseria. Las esperanzas del mendigo volaron hasta el cielo, pensó que sus días malos habían terminado y se quedó aguardando la limosna

espontánea de tesoros derramados sobre el polvo de la calle.

De pronto el Rey —¡qué ocurrencia!— alargó su mano derecha y le rogó al mendigo: «¿Puedes darme alguna cosa?». El pobre hombre no sabía qué hacer, desconcertado. Completamente confuso, y un tanto a regañadientes, del saco de las limosnas del día sacó lentamente un grano de trigo y se lo entregó.

¡Qué sorpresa la suya cuando, al vaciar por la tarde el saco en el suelo, encontró un grano de oro en el miserable montón de las limosnas! ¡Qué amargamente lloró por no haber tenido corazón para entregarlo todo!

*Hoc est corpus meum. Hic est calix Sanguinis mei novi et aeterni testamenti.
Te igitur, clementissime Pater, per Iesum Christum, Filium tuum, Dominum nostrum, supplices
rogamus ac petimus, uti accepta habeas et benedicas haec dona, haec munera,
haec sancta sacrificia illibata.
Memento, Domine, ...omnium circumstantium, quorum tibi fides cognita est et nota devotio, pro
quibus tibi offerimus: vel qui tibi offerunt hoc sacrificium laudis.
Hanc igitur oblationem servitutis nostrae, sed et cunctae familiae tuae ... (Plegaria eucarística I).
Offerimus tibi, gratias referentes, hoc sacrificium vivum et sanctum (Plegaria eucarística III).*

La Eucaristía es sacramento del sacrificio pascual de Cristo. Desde la encarnación en el seno de la Virgen hasta el último aliento sobre la cruz, la vida de Jesús es un holocausto incesante, una entrega perseverante a los designios del Padre.

El momento culminante es el sacrificio de Cristo sobre el Calvario: «La obra de nuestra redención se efectúa cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, por medio del cual Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado (1Cor, 5,7)» (*Lumen Gentium*, 3). Este único y eterno sacrificio se hace realmente presente en el sacramento del altar.

A ello la Iglesia asocia su sacrificio, para llegar a ser un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo, del cual es signo la comunión sacramental. Participar de la Eucaristía, obedecer el Evangelio que escuchamos, comer el Cuerpo y beber la Sangre del Señor quiere decir hacer de nuestra vida un sacrificio agradable a Dios:
por Cristo, con Cristo y en Cristo.

Así como la acción ritual de la Eucaristía está fundada en el sacrificio ofrecido por Cristo una vez por todas en los días de su existencia terrena (cf. *Heb 5, 7-9*) y lo representa sacramentalmente, así también nuestra participación en la celebración debe llevar consigo el ofrecimiento de nuestra existencia.

En la Eucaristía la Iglesia ofrece el sacrificio de Cristo ofreciéndose con Él. La dimensión sacrificial de la Eucaristía empeña la vida entera. De aquí parte la espiritualidad del sacrificio, del don de sí, de la gratuidad, de la oblación exigida por la vida cristiana.

**En el pan y en el vino que llevamos al altar
se significa nuestra existencia:**

el sufrimiento y el empeño por vivir como Cristo
y según el mandamiento dado a sus discípulos.

En la comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo se significa nuestro «presente»
para dejar que Él piense, hable y actúe en nosotros.

La espiritualidad eucarística del sacrificio debería impregnar nuestras jornadas: el trabajo, las relaciones, las miles de cosas que hacemos, la entrega al ministerio para quien es obispo, presbítero o diácono; el testimonio de las personas consagradas; el sentido «cristiano» del dolor físico y del sufrimiento moral; la responsabilidad de construir la ciudad terrena, en las dimensiones diversas que comporta, a la luz de los valores evangélicos.

La fragua en la vida cotidiana

CARITAS CHRISTI - 2013

“

Tomad este mi pobre corazón, comedlo, así como yo os como a Vos, para que yo me convierta todo en Vos. Con las palabras de la consagración, la substancia del pan y vino se convierte en la substancia de vuestro cuerpo y sangre. ¡Ay Señor omnipotente! **Consagradme**, hablad sobre mí y convertidme todo en Vos” (Aut 756)